

IN MEMORIAM
ANTONIO MORALES MOYA

Mariano ESTEBAN DE VEGA
Universidad de Salamanca

El 30 de enero de 2015 falleció en Madrid Antonio Morales Moya, antiguo profesor de la Universidad Complutense y catedrático en las universidades de Salamanca y Carlos III de Madrid. Antonio Morales fue secretario de la Sociedad Española de Estudios del Siglo XVIII desde el año 1994 y hasta 1998, y vicepresidente primero de la misma, entre 1998 y 2002, así como el primer director de la revista *Cuadernos Dieciochistas* durante los años 2000 y 2001.

Aunque el profesor Morales Moya fue autor de una obra historiográfica muy amplia, en la que abordó aspectos muy diversos del pasado histórico español, sin duda uno de los campos en los que realizó aportaciones más relevantes fue el de la historia del siglo XVIII, al que dedicó la primera de sus grandes obras (la tesis doctoral titulada *Poder político, economía e ideología en el siglo XVIII español: La posición de la nobleza*, leída en 1981, publicada en 1983) y también el último libro que vio la luz en vida del autor (*1714. Cataluña en la España del siglo XVIII*. Madrid: Cátedra, 2014). En el transcurso de los treinta años largos que separan estas dos publicaciones, Antonio Morales Moya publicó varias docenas de trabajos de temática dieciochista, entre libros, ediciones, capítulos de libros y artículos, el más importante de los cuales fue, probablemente, el tomo XXX de la *Historia de España* fundada por Ramón Menéndez Pidal y dirigida por José María Jover Zamora, «Las bases políticas, económicas y sociales de un régimen en transformación (1759-1834)», editado en 1998, en el que se encargó de la coordinación, la introducción y un amplísimo capítulo dedicado a «El Estado de la Ilustración. La Guerra de la Independencia y las Cortes de Cádiz: la Constitución de 1812».

La obra de Antonio Morales constituye al respecto un conjunto coherente, que desde su tesis doctoral propuso un verdadero replanteamiento de la historia

de España en el siglo XVIII. A finales de los años setenta y primeros ochenta, indicaba el propio Antonio Morales en su «Lección jubilar», pronunciada en la Universidad Carlos III en 2003, que se había roto «la tradición intelectual del liberalismo para, desde el enraizamiento en un marxismo, frecuentemente academizante y nominal, desvalorizar el significado y los logros de la Ilustración española. Economía estancada; política encaminada, a despecho de algunas medidas aparentemente progresistas, a consolidar una estructura económica y social feudal, a partir de un Estado dominado, en última instancia, por la clase que tenía el poder económico, la alta nobleza; ideología «reaccionaria», por cuanto orientada, en definitiva, a racionalizar las estructuras estamentales a fin de consolidar su permanencia; y, en fin, aplicación de la conceptualización marxista de «revolución burguesa» para explicar la «crisis del Antiguo Régimen». A esta visión, Morales Moya oponía otra muy diferente: en sus propias palabras, «el Estado español del siglo XVIII no es, ni por los hombres que ocupan los aparatos de poder, ni por la política desarrollada, un instrumento en manos de quienes controlaban la propiedad de los medios de producción “la tierra, muy fundamentalmente”, es decir, la alta nobleza y el clero, sino que muestra una autonomía que le permite hasta cierto punto “no operar en el vacío sino en una realidad social compleja”, modelar esa sociedad y regular las relaciones entre las clases sociales de acuerdo con sus intereses, centrados en su consolidación y fortalecimiento. De ahí la necesidad de unos cambios políticos, de unas transformaciones sociales y de un desarrollo económico que pugnan con las viejas estructuras que han de ser transformadas. Y, en buena medida lo fueron».

Por otra parte, en la línea de trabajos de historiadores como François Furet o Richard Herr, con quienes reconoció siempre una profunda deuda intelectual, Antonio Morales afirmó con rotundidad que la segunda mitad del siglo XVIII, la de la crisis del Antiguo Régimen, y las primeras décadas del XIX, las del inicio del liberalismo, conformaban en España, en muchos aspectos, un mismo conjunto histórico, de arranque de la contemporaneidad, en el que las novedades, fundamentales, no podían ocultar las anticipaciones, también decisivas.

La atención prioritaria que en los últimos años Antonio Morales prestó a la historia del nacionalismo español, en particular a la tradición liberal del nacionalismo español, le devolvieron a menudo al siglo XVIII. En la monumental *Historia de la nación y el nacionalismo español*, publicada en 2013 bajo la coordinación del propio Antonio Morales Moya, así como de Juan Pablo Fusi y Andrés de Blas, se ocupa de «La nación española preconstitucional», y –como resulta común en él– se aparta de nuevo de la ortodoxia, encarnada en esta cuestión en un paradigma interpretativo del hecho nacional español abrumadoramente modernista y constructivista. El abuso del concepto de «invención» tiene como efecto –indica– si no la negación expresa, sí la reducción en el tiempo de la Nación española que, surgida en Cádiz, diluida con la emergencia de los nacionalismos «periféricos» en el último tercio del siglo XIX, apenas habría cumplido tres cuartos de siglo de incontrolada existencia. Frente a esta visión, su propuesta –que desgrana también

en el dossier «La nación liberal» del número 12 de *Cuadernos dieciochistas*— consiste en partir de una concepción de la Nación española que integre el enfoque «modernista» —la nación como comunidad cívica de ciudadanos legalmente iguales que viven en un territorio determinado— con una dimensión «perennialista», es decir, la nación como una realidad que se extiende en el tiempo y en el espacio y se encarna en una «patria histórica». España sería, en este sentido, como otras en Europa, una nación «premoderna», una «vieja y continua nación», que en el siglo XVIII habría adquirido perfiles decisivos de modernidad.

Antonio Morales fue un historiador singular, de vocación tardía, brillante formación y criterio radicalmente independiente. En el momento de su desaparición, que tan entrañablemente lamentamos quienes tuvimos la suerte de compartir con él proyectos, ilusiones y tareas, deja una obra historiográfica de gran valor, producto de más de treinta años de extraordinaria laboriosidad e intensa pasión por la historia.